

“¿VIRILIDADES TÓXICAS? MODOS DE LA VIOLACIÓN?(*)

DIFFERENT TYPES OF TOXIC VIRILITIES? FORMS OF ABUSE



CLOTILDE LEGUIL: Psicoanalista francesa. Miembro de la Escuela de la Causa Freudiana (ECF) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Docente en el Departamento de Psicoanálisis en la Universidad de París VIII. Autora, entre otros, de *Sartre con Lacan: correlación antinómica, enlace peligroso*, Navarin-Champ freudien, 2012; *Ser y género: hombre/mujer según Lacan*, PUF, 2015; *“Yo”: cruzando identidades*, PUF, 2018; *Ceder no es consentir: un enfoque clínico y político del consentimiento*, PUF, 2021. clotildeleguil@free.fr

Resumen: En este artículo se interroga la expresión actual “virilidad tóxica” desde la perspectiva del psicoanálisis lacaniano. La virilidad no se corresponde necesariamente con lo tóxico, pero puede cobrar ese valor en el forzamiento de otro cuerpo. En el texto se distinguen y explicitan distintos grados de violación, modos en que aparece la toxicidad cuando el semblante fálico no regula el goce. Asimismo, se plantea otro tipo de violación: el efecto tóxico del superyó que ejerce un poder sobre el deseo, y que un análisis hace caer.

Palabras clave: Virilidad - Toxicidad -Violación - Superyó

Abstract: *This work questions the current expression toxic masculinity from the Lacanian psychoanalytic perspective. The virility does not necessarily correlate with the toxic but it can acquire such value if the body of the Other is forced. The text distinguishes and clarifies different degrees of abuse - forms through which toxicity emerges when phallic countenance does not regulate the enjoyment. Moreover, another type of abuse is introduced: the toxic effect of the super-ego that exercises some power on the desire but is defeated by its analysis.*

Key words: Virility - Toxicity - Abuse - Super-ego

¿Acaso la expresión de moda “virilidades tóxicas” puede tener una significación en psicoanálisis? Los signos de interrogación nos alivian de tener que adherir a eso sin ninguna reserva y me invitan a preguntarme en qué sentido la virilidad en tanto está referida al campo sexual puede volverse tóxica. ¿Tóxica para quién? ¿Para el partenaire o para el sujeto mismo? Es desde la noción de violación que propongo ceñir esta pregunta. Si estamos permanentemente prevenidos contra toda esencialización de la feminidad, podemos también desconfiar de toda esencialización de la virilidad. Si nos atenemos a una perspectiva lacaniana, que implica tomar en cuenta la elección

inconsciente de un sujeto ligada a su relación con el deseo y la pulsión, la virilidad en tanto que “vigor sexual”, ligada incluso al coraje, es también uno de los sentidos del término virilidad sobre un fondo de identificación masculina, no es tóxica por naturaleza. Es la interpretación que un sujeto hace de ella la que puede ser tóxica, el derecho que puede otorgarse sobre otro cuerpo desde una virilidad transformada en el ejercicio de un forzamiento. Es entonces desde el término “violación” que definiré lo “tóxico” como lo que envenena el deseo y lo asfixia bajo el régimen de la pulsión. Intentaré distinguir diferentes grados de violación.



TOXICIDAD Y JUEGOS VIRILES

Existe un primer grado en el que la asunción de la virilidad como fuerza puede empujar al forzamiento del cuerpo del Otro. Julián tiene vergüenza. Fue acusado de abuso de confianza por Clara a quien le propuso “hacer un trío” con su novia. Después de una salida nocturna en la que ambos tomaron algunas copas, él le propone ir a su casa para hacer un trío con su propia novia. A posteriori, Clara le dice que él abusó de su confianza, que ella había bebido de más y que no quería eso. En el contexto actual, Julián se compara con otros hombres acusados de violación. Este reproche de la joven mujer lo carcome a punto tal que no puede parar de pensar en ello y no sabe cómo desprenderse de esta vergüenza. Se siente “invadido” por esta historia. Dice que reconoce su responsabilidad pero que ella no. Se siente culpable. Le señalo que él está “concernido” por invitarla a ir más allá. Se siente tonto e idiota por no haber anticipado que Clara sentiría eso, ese abuso. Pero, en definitiva, ¿a quién le propuso hacer ese trío? La fórmula repetida de “hacer un trío” esconde la elección que hizo de una muchacha en particular. Porque Clara no es cualquiera. Julián eligió la ex novia de su mejor amigo Pablo, con quien él está enojado. ¿Este episodio tendría que ver entonces, más allá de Clara, con su relación a la virilidad? Julián se ubica en esta línea a través de un sueño en el que se pelea con Pablo, con ganas de matarlo. Algunos meses más tarde, le volverá un recuerdo del colegio. Era una noche de chicos. Con la ayuda del alcohol, organizan un juego, el juego de darse “cachetadas”. ¿“Cachetadas”? son golpes que nos damos con el pene, me dice. Uno se arrodilla, y el otro lo cachetea con su órgano. Julián asiste entonces al juego, pero no quiere jugar. Se va de la habitación. Los otros tres lo buscan, lo traen de regreso y lo fuerzan a agacharse para someterlo a eso. Pablo es quien se apoya sobre sus hombros para que Julián ceda y se arrodille. Julián llega a rebelarse y a escapar, muy nervioso y llorando. Pero, dice él, que eso no lo marcó. Eso tuvo “consecuencias”, podría responderle yo. El abuso contra Clara, que hoy le da vergüenza, no aparece por azar. No sólo hizo la elección de la ex novia de aquel que casi abusa de él, sino que además este abuso, que como él destaca no lo marcó, lo hace reaparecer en su vida a través de la palabra de una mujer. ¿Es este su modo de interrogar su propia virilidad? Julián reconoce que hay algo

extraño en esta historia. Por el momento, lo que predomina es el sentimiento de vergüenza, vergüenza de haber estado implicado en eso. Tendrá un sueño de competencia con Pablo en el que juegan juntos al fútbol y le hace goles hasta sacar a Pablo de sus casillas. Al final, hace un gol con la mano, algo que no se debe hacer en fútbol. Experimenta un sentimiento de trampa. Podrá ligar este sueño de competencia con Pablo, y reconocer que podría haber actuado más conforme a las reglas con su antiguo amigo. Transformarse en un hombre toma por el momento el giro de una rivalidad imaginaria con su amigo del colegio, hasta hacerle trampa poniendo la mano sobre su ex novia. Su acto provocó una escisión en el grupo, del cual se encontró excluido. La pregunta acerca de lo que quiere una mujer está por el momento muy lejos de él. Este mal encuentro con juegos en torno a “qué hacer de su órgano macho” entre varones, como puesta en escena de la virilidad lo condujo a una forma de *acting* que repite el abuso como respuesta a otro, pero también como retorno en su vida de lo que lo marcó. Este primer grado de lo tóxico residiría en el forzamiento como prueba de virilidad. Julián está preguntándose sobre este forzamiento y lo que sucede con su *partenaire*.

TOXICIDAD DE UNA VIRILIDAD QUE DEGRADA EL CUERPO DE UNA MUJER

Propondré otro grado de lo tóxico que conlleva una diferencia de naturaleza respecto del primero. No se trata simplemente de un cuestionamiento sobre la virilidad sino de un acaparamiento de la voluntad del otro desde el ejercicio de un poder – “el impudor de uno basta para constituir la violación del pudor del otro”⁽¹⁾, como lo escribe Lacan en “Kant con Sade”.

De este mal encuentro con la violación del pudor, Vanessa Springora dio cuenta en *El Consentimiento*. “Desde que he leído los libros prohibidos, los que despliegan su colección de amantes y detallan sus viajes a Manila, algo viscoso y sórdido cubre todos los momentos de intimidad, en los que ya no veo el menor rastro de amor. Me siento envilecida, y más sola que nunca.”⁽²⁾ De esta degradación, la muchacha intentará hablar con un amigo de él: “Es un inmenso honor que la haya elegido,”⁽³⁾ le responderá él cuando ella le pida auxilio. La dimensión tóxica se acompaña de un clima que invita desde todos lados a la joven a no sustraerse del abuso que padece. Pero más pro-



fundamente, la dimensión tóxica surge de este “en nombre del amor que ella suponía que él tenía por ella”. Este hombre no se interesaba en ella en tanto que mujer. No creía en sus palabras. Ya que amar a una mujer cuando se es un hombre, es creer en lo que ella dice. Amar es “creerle a seres en tanto que pueden decir algo”,⁽⁴⁾ dice así Lacan. Quien la trata de loca desde el momento en que ella se da cuenta de lo que sucede es también aquel que la vuelve loca. Él jamás creyó en ella en tanto capaz de poder decir algo. Eso solo podía continuar en tanto ella no dijera nada. Lo tóxico aquí se emparenta más allá del forzamiento del cuerpo con una captura sobre la posibilidad misma de decir, un acaparamiento de la voluntad.

TOXICIDAD DEL EJERCICIO DE UN PODER DESNUDO

Un último grado de toxicidad podría ser aislado, el que corresponde a la transgresión del interdicto necesario para que subsista la palabra, es decir, la interdicción del incesto.

Freud hizo de la prohibición del incesto un interdicto que se dirige al hijo en su relación a la madre. Lacan lo retomó dirigiéndolo a la madre en su relación con el niño. Pero el contexto actual nos confronta con otra versión del incesto que reenvía a un grado extremo de la virilidad tóxica. El incesto como transgresión por parte del padre o de su representante de esa prohibición apropiándose del cuerpo del niño.

Christine Angot da cuenta de esto en *Le Voyage dans l'Est*, aquí no se trata solo de una virilidad tóxica, sino del ejercicio de una dominación de la cual no se puede escapar. La experiencia traumática de Christine Angot es de aquellas que deben pasar por lo escrito para poder decirse. Lo que fue violado, no fue solamente su cuerpo adolescente por quien ella reencuentra y toma por un padre -de regreso después de una larga ausencia- sino que es la lengua. Sus palabras ejercen sobre la joven el poder que le confiere también la madre al presentárselo a su hija como un padre, esas palabras dicen que es en nombre del amor que él tiene por ella que va a hacer de ese cuerpo su objeto de goce. “¿Y si mi vida se arruina?”, le pregunta ella angustiada al ver que su relación toma este giro decididamente incestuoso. “Al contrario, no corres riesgo de nada con un hombre que te ama”⁽⁵⁾, le responde él.

La violación del pudor, es entonces en principio

esta violación a nivel de la palabra: “Tu sabes que a muchas mujeres les gustaría estar en tu lugar”⁽⁶⁾. Cortada en dos entre lo que ella escucha y los que se produce en su cuerpo, se deja hacer como cediéndole ese cuerpo que no es más el suyo. La virilidad tóxica aquí es una verdadera dominación que se ejerce sobre la muchacha desde su creencia de poder ser alguna vez, y a pesar de todo, amada como hija por ese supuesto padre.

Lacan enunció que “el goce del cuerpo del Otro no era “el signo de amor”.⁽⁷⁾ Es lo que capta la muchacha al pedirle que haga una excepción, pasar al menos un fin de semana sin que él goce de su cuerpo, para pasar un momento normal entre padre e hija. Él sólo dirá que sí para poder seguir violándola. Una vez ella dice “no”. Él la lleva a la estación de trenes y la deja sola. Dominación y ejercicio de un “poder desnudo”.⁽⁸⁾ Ella cederá a la situación y nunca más podrá decirle que no.

Estas tres formas de violaciones, una que es una puesta en acto de la interrogación sobre la virilidad; otra que es degradación del cuerpo de una mujer; y la tercera que es la violación de la lengua en tanto que el incesto viene a poner en peligro “la condición para que subsista la palabra”⁽⁹⁾, permiten dar cuenta de una forma de toxicidad, efecto del ejercicio de un poder articulado a la virilidad, a una virilidad que Aurélie Pfauwadel pudo nombrar como “amenazante”⁽¹⁰⁾, en referencia a un semblante fálico que no regula más al goce.

OTRA LECTURA DE LA VIOLACIÓN

En la experiencia del análisis, puedo descubrir que la articulación entre la violación del pudor de uno e impudor del otro, es la puesta en acto del Superyó. Quien enuncia “tengo derecho a gozar de tu cuerpo (...) y ese derecho lo ejerceré, sin que ningún límite me detenga en el capricho de las exacciones que me venga en gana saciar en él”⁽¹¹⁾, es esta voz del interior que puede presentarse como viniendo del Otro, pero que es claramente del orden de una frecuencia que es propia de cada quien y que resuena reclamando obediencia. Ya que “la voz en cuestión es la voz en tanto que imperativa, en tanto que reclama obediencia o convicción”⁽¹²⁾. Lo tóxico, en el sentido de Lacan, podría aproximarse desde los efectos de la voz del Otro en tanto que ella no resuena en mí sino desde mi propia frecuencia. ¿Lo tóxico tendría que ver con lo que reclama obediencia en



mí y me aleja de mi deseo? La violación incluye cierta relación con la palabra así como el efecto producido por los significantes y por la voz, sobre un sujeto.

El fin del análisis hace caer este efecto tóxico del Superyó que ejerce una violación del deseo. Descubro que es posible no ceder a ella, a esta voz, no obedecerle. Es posible decir “no” al deber de goce. Lo que queda entonces es otra violación, la que no puede aprehenderse sino después de un consentimiento-despojo a lo real del goce del cuerpo. Es entonces, como pudo escribirlo Eric Laurent, “la agresión y la violencia hechas a la sintaxis por la letra” ⁽¹³⁾ que puede leerse y que permite captar cómo, de modo contingente, un mal encuentro pudo resonar en mi cuerpo sobre el fondo del trauma inaugural del encuentro con *lalengua*, sobre el fondo de ese trauma que Jacques-Alain Miller designó como “la incidencia de *lalengua* en el ser hablante” ⁽¹⁴⁾. El fin del análisis coincide con ese momento tan singular en el que se afronta la dificultad para nombrar el disturbio inaugural de nuestra relación con *lalengua*. Es entonces que la letra en tanto que designa ese forzamiento de las relaciones del significante y del goce puede llegar a decirse. Allí, nadie más es necesario para confirmar y reconocer el trauma. Allí, es en las vías de la soledad que es posible finalmente nombrar lo que no podía decirse y de hacer elevar “a las nubes del Otro” ⁽¹⁵⁾ lo que se aferraba a la raíz de nuestra relación con el goce.

Traducción: Luis Volta

Notas

⁽¹⁾ Texto presentado el miércoles 29/09/2021 en las noches preparatorias de las 51° Jornadas de l'École de la Cause freudienne: “La norma macho” (“La norme mâle”). Autorizado por la autora para su traducción y publicación en revista Estrategias -Psicoanálisis para leer de otra manera-.

Nota del Traductor: “norme mâle” es una expresión homofónica con “norme male” utilizada por Lacan en el “Atolondradicho” Otros escritos, p. 504 y p. 521. Allí los traductores de Paidós eligieron “norma mala” para hacer valer la homofonía entre “normal” (normale) y “norma macho” (norme mâle).

⁽¹⁾ Lacan, J.: “Kant con Sade”. *Escritos 2*, Siglo XXI, 2009, p. 733.

⁽²⁾ Springora, V.: *El consentimiento*, Lumen, 2020, p. 52.

⁽³⁾ *Ibíd.*: p. 56.

⁽⁴⁾ Lacan, J.: *Le Séminaire*, RSI, leçon du 21 janvier, 1976, inédit.

⁽⁵⁾ Angot, Christine: *Le voyage dans l'Est*, Flammarion, 2021, p. 58.

⁽⁶⁾ *Ibíd.*: p. 68.

⁽⁷⁾ Lacan, J.: *El Seminario 20*, Aùn, Paidós 1992, p. 12.

⁽⁸⁾ Gros F.: *La honte, un sentiment révolutionnaire*, Albin Michel, 2021, p. 112.

⁽⁹⁾ Lacan J.: *El Seminario 7*, La ética del psicoanálisis, Paidós, 1990, p. 87.

⁽¹⁰⁾ Pfauwadel A., “Virilités plurielles”, *La Cause du désir* N° 95, Navarin éditeur, p. 6.

⁽¹¹⁾ Lacan J.: “Kant con Sade”, *Escritos 2*, Siglo XXI, 1985, pp. 747-748.

⁽¹²⁾ Lacan J.: *El Seminario 10*, *La angustia*, Paidós, 2006, p. 298.

⁽¹³⁾ Laurent E.: “Une vision du ruissellement de l'Un”, *La Cause du désir* N°107, Navarin éditeur, p. 68.

⁽¹⁴⁾ Miller J.-A.: *La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica*, Paidós, 2014, p. 378.

⁽¹⁵⁾ Laurent E.: *ibíd.*, p. 68.

